

LA MANIFESTACIÓN
MUSICAL EN EL
PUEBLO DE DIOS





LA MANIFESTACIÓN MUSICAL EN EL PUEBLO DE DIOS

J. Giner



Copyright © 2007 Asociación General,
Sociedad Misionera Internacional
de los Adventistas del Séptimo Día,
Movimiento de Reforma
P.O. Box 39487
Downey, CA 90239-0487
EE.UU.

Copyright © 2006 IMS Publishing Association
12631 East Imperial Highway, Bldg. B, Suite 200-202
Santa Fe Springs, CA 90670
EE.UU.
Teléfono (+1) 562-863 7188 / Fax (+1) 562-863 7559
e-Mail: imssdarmgc@yahoo.com
Internet: www.imssdarm.org

Todos los derechos reservados. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir alguna parte o la totalidad de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado -electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.-, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Impreso en California, EE.UU.
Impreso por IMS Publishing Association
2877 E. Florence Avenue
Huntington Park, CA 90255-5751
EE.UU.

Índice

Introducción..... 7

Origen Divino 9

Beneficios..... 23

1. Es un medio educativo23
2. Nos ayuda a vencer el
desaliento, la depresión,
la tristeza y la tentación26
3. Es un medio para
alcanzar a las almas.....29

4. Es un medio de comunión
con Dios.....34

Un arma poderosa para el
mal35

¿Qué clase de música usar?42

Cantando para la gloria de
Dios44

a) Alegres y apropiados
para la ocasión45

b) Se pueden usar
instrumentos
musicales46

c) Sin gritos ni
estridencias50

d) Tonos claros y dulces ..51

e) Pronunciación
correcta51

f) Sin acciones teatrales ..52



Introducción

Si hiciéramos una encuesta a nivel mundial para averiguar cuál es la afición o distracción que más gusta a la gente, sin lugar a dudas que el resultado diría que la música, tanto instrumental como vocal. La música ha estado presente, y está, en todas las culturas; es algo inherente al hombre. Se escucha por doquier y en cualquier momento del día: En los hospitales, en los transportes públicos, en los centros penitencia-

rios, en los discursos políticos, en un acontecimiento deportivo, en grandes almacenes comerciales, en la sala de espera de una consulta médica, en un taller pequeño y en las grandes empresas; en los restaurantes, colegios, fiestas populares, sepelios, hogares y hasta en la iglesia. Aún podríamos seguir con la larga lista.

La música forma parte de nuestra vida, podemos decir que es una necesidad innata del hombre, sin ella no se podrían concebir muchos aspectos de la existencia. ¿Nos hemos parado a pensar qué sería de nuestros cultos si no hubiesen himnos que cantar? ¿O una ceremonia nupcial sin música? ¿O una reunión social sin cantos alegres? ¡No sería lo mismo! Como diría la famosa escritora española, Concepción Arenal: *«La música es una voz que halla ecos en todas las almas y parece también un eco de todas las voces»*.

1

Origen Divino

La música es un regalo del cielo. El espíritu de profecía dice que es «de origen divino»: *«La música es de origen divino. Hay gran poder en ella. Fue la música de la hueste angelical la que emocionó el corazón de los pastores en las llanuras de Belén y alcanzó el mundo entero. Es mediante la música como nuestras*

alabanzas se elevan a Aquel que es la personificación de la pureza y la armonía. Es con música y con cantos de victoria como los redimidos entrarán finalmente en la recompensa eterna.

«Hay algo particularmente sagrado en la voz humana. Su armonía y su rasgo sentimental suave e inspirado por el cielo excede todo instrumento musical. La música vocal es uno de los dones que Dios ha dado a los hombres, un instrumento que no puede ser igualado, y menos aún superado, cuando el amor de Dios abunda en el alma. El cantar con el espíritu y el entendimiento es además una gran adición a los servicios devocionales en la casa de Dios» (MS3, 382-383).

Es evidente que habiendo sido Dios el originador de la misma, Él también se regocije sobre su pueblo con cánticos de una belleza que los humanos no podemos percibir, sino cuando estemos en el cielo (Sof. 3:17). *«Sabemos por la Palabra que hay gozo en las huestes angélicas por un peca-*

dor arrepentido y que el Señor mismo se regocija con cánticos por su iglesia» (MG, 98).

También los ángeles alaban a Dios a través de cantos y música instrumental y algunas veces se les ha oído en esta tierra (Luc. 2:8-15): *«La música forma parte del culto tributado a Dios en los atrios celestiales» (PP, 645). «Los querubines, serafines y las huestes innumerables de todos los mundos no caídos entonaron himnos de loor a Dios y al Cordero cuando su victoria quedó asegurada. Se alegraron de que el camino a la salvación se hubiera abierto al género humano pecaminoso y porque la tierra iba a ser redimida de la maldición del pecado. ¡Cuánto más deben regocijarse aquellos que son objeto de tan asombroso amor!» (DMJ, 89-90). Habrá música especial y cantos cuando los redimidos de todos los tiempos regresen a la patria celestial: «En aquel día los redimidos resplandecerán en la gloria del Padre y del Hijo. Tocando sus arpas de oro, los ángeles darán la bienvenida al Rey y a los*

trofeos de su victoria... Se elevará un canto de triunfo que llenará todo el cielo. Cristo habrá vencido. Entrará en los atrios celestiales acompañado por sus redimidos, testimonios de que su misión de sufrimiento y sacrificio no fue en vano...» (Dios nos cuida, 251). Y los 144.000 cantarán su experiencia sobre el mar de vidrio (Apoc. 14:1-3).

En la Biblia está presente la música desde el principio hasta el fin, tanto la vocal, instrumental, religiosa, profana, bienhechora o maléfica. También podemos encontrar un antecedente que nos muestra que la música ya existía antes que Dios creara este mundo, y es más, antes de que existiera el pecado. En el libro de Ezequiel 28:12,13, leemos lo siguiente: *«Tú eras el sello de la perfección, lleno de sabiduría y acabado en hermosura. En Edén, en el huerto de Dios estuviste; de toda piedra preciosa era tu vestidura... los primores de tus tamboriles y flautas estuvieron preparados para tí en el día que fuiste creado.»*

En la versión de Herder leemos: «...y los instrumentos músicos estuvieron preparados para ti en el día de tu creación».

Este es el relato de la creación de Luzbel, el ángel que más tarde se sublevaría contra Dios. Antes que se introdujera la maldad en el universo, las maravillosas notas armónicas, de inefable atracción, procedentes de los instrumentos que tocaban los ángeles santos, inundaban el espacio celestial. En la fundación de este mundo «se regocijaban todos los hijos de Dios», «cuando alababan todas las estrellas del alba.» (Job 38:4 y 7). Adán y Eva también tuvieron el privilegio de recibir el sagrado don de la música.

Los israelitas cantaban y tocaban sus instrumentos músicos a través de sus largas peregrinaciones por el desierto. Por un lado, el canto acompañado con música, al repetirse, grababa en sus mentes preciosas lecciones espirituales, y a la par los animaba, dulcificaba su travesía y fortalecía su

fe. La música también estaba presente en los numerosos actos rituales o ceremonias que realizaban, como veremos más ampliamente a continuación.

«Moisés instruyó a los israelitas a ponerle música a las palabras de la ley. Mientras los niños mayores tocaban instrumentos musicales, los menores marchaban y cantaban en concierto el cántico de los mandamientos de Dios. En los años subsiguientes retenían en su mente las palabras de la ley que aprendieran durante la niñez.

«Si era esencial para Moisés encarnar los mandamientos en el cántico sagrado, de manera que cuando marcharan por el desierto los niños pudieran aprender la ley versículo por versículo, cuán esencial es en este tiempo enseñar a nuestros hijos la Palabra de Dios. Acudamos en ayuda del Señor, instruyendo a nuestros hijos a guardar los mandamientos al pie de la letra. Hagamos todo lo que esté de nuestra parte

para hacer música en nuestro hogar, a fin de que el Señor pueda hacerse presente» (Ev, 329-330).

«Mientras el pueblo vagaba por el desierto, el canto era un medio de grabar en sus mentes muchas lecciones preciosas. Cuando fueron librados del ejército de Faraón, toda la hueste de Israel se unió en un canto de triunfo. Por el desierto y el mar resonaron a lo lejos las estrofas de júbilo y en las montañas repercutieron los acentos de alabanza: “¡Cantad a Jehová, porque en extremo se ha engrandecido”. Con frecuencia se repetía durante el viaje este canto que animaba los corazones y encendía la fe de los peregrinos. Por indicación divina se expresaban también los mandamientos dados desde el Sinaí, con las promesas del favor de Dios y el relato de los milagros que hizo para librarlos, en cantos acompañados de música instrumental, a cuyo compás marchaba el pueblo mientras unía sus voces en alabanza.

«De ese modo se apartaban sus pensamientos de las pruebas y dificultades del camino, se calmaba el espíritu inquieto y turbulento, se inculcaban en la memoria los principios de la verdad, y la fe se fortalecía. La acción en concierto servía para enseñar el orden y la unidad, y el pueblo se ponía en más íntima comunión con Dios y con sus semejantes» (Ed, 39).

«Como medios de educación, las fiestas de Israel ocupaban un lugar importante... Por tres veces al año se dedicaban unos días al intercambio social y al culto... Se cantaban las canciones que habían animado a los que erraban por el desierto. Se cantaban también los mandamientos de Dios que, ligados a las benditas influencias de la naturaleza y a la bondadosa asociación humana, se fijaban para siempre en la memoria de más de un niño o joven» (Ed, 41-42).

El primer himno que registra la Biblia lo encontramos en el libro de Éxodo (capítulo 15). Cuando los is-

raelitas fueron librados de los egipcios que les perseguían, Moisés y los hijos de Israel entonaron un cántico de gratitud y de alabanza a Dios, que había obrado tan gran milagro en favor de ellos. Las madres de Israel enseñaban a sus hijos los preceptos de la Ley, junto con la oración y las lecciones de las Escrituras, a través del canto.

El salmista David también conocía este don de origen divino y lo usaba para glorificar a Dios y beneficiar a las almas. ¿Quién no conoce el salmo 23? ¿O el salmo 1? ¿O el 51, que es una composición surgida de su experiencia cuando cayó en pecado; el arrepentimiento que él experimentó y su esperanza en el perdón de Dios? *«El salmo 51 es una expresión del arrepentimiento de David, cuando le llegó el mensaje de reprensión de parte de Dios... Así, en un himno sagrado que había de cantarse en las asambleas públicas de su pueblo, en presencia de la corte, los sacerdotes y jueces, los príncipes y guerreros, y que iba a*

preservar hasta la última generación el conocimiento de su caída, el rey de Israel relató todo lo concerniente a su pecado, su arrepentimiento, y su esperanza de perdón Por la misericordia de Dios» (PP, 784-785).

«En la hora de su prueba más negra, el corazón de David se apoyó en Dios y cantó» (PP, 802).

David calmó al rey Saúl en sus momentos de arrebató, tañendo su arpa de forma hábil: *«Los que eran testigos de esas extrañas exhibiciones de Saúl le recomendaron la música, por su influencia sedante sobre la mente cuando estaba así turbada. Por la providencia de dios le informaron sobre las habilidades musicales de David... Los hábiles arpegios de David sedaban el espíritu acongojado de Saúl. La influencia de los sublimes acordes de la que escuchaba, desvanece la melancolía que se había posado sobre él, y llevaba su mente excitada a un estado más feliz y racional» (Spiritual Gifts, tomo 4, págs. 77-79. CV, 159).*

Con seguridad afirmamos que la música que acompañó a estos inspirados textos debió ser admirable. Muchos de los servicios religiosos y festividades hebreas, estaban sazonadas con el sonido de la música instrumental y el canto de los levitas.

«El servicio de canto fue hecho parte regular del culto religioso, y David compuso salmos, no solo para el uso de los sacerdotes en el servicio del santuario, sino también para que los cantara el pueblo mientras iba al altar nacional para las fiestas anuales. La influencia así ejercida fue muy abarcante, y contribuyó a liberar a la nación de las garras de la idolatría. Muchos de los pueblos vecinos, al ver la prosperidad de Israel, fueron inducidos a pensar favorablemente en el Dios de Israel, que había hecho tan grandes cosas para su pueblo» (PP, 768).

El nacimiento de nuestro Señor Jesucristo fue anunciado con cantos angelicales (Luc. 2:13,14), y el Salvador, a lo largo de su vida y durante

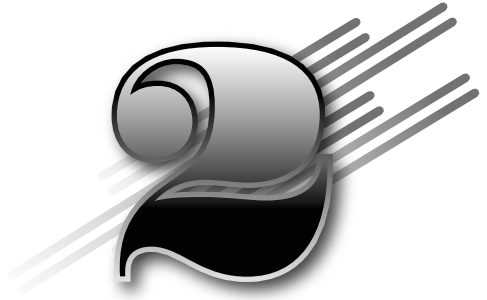
su ministerio, también cantó: *«[Cristo] con su canto daba la bienvenida a la luz del día. Con himnos de acción de gracias amenizaba las horas de labor, y llevaba la alegría del cielo a los rendidos por el trabajo y a los descorazonados»* (MC, 34).

Jesús conocía el efecto poderoso de la música desde espiritual desde que era niño y en innumerables ocasiones se le oyó cantar a su Padre, especialmente cuando era tentado por el enemigo o para ayudar al prójimo: *«Para resistir al enemigo. Cuando Cristo era niño, como estos niños que están aquí, fue tentado a pecar, pero no se rindió a la tentación. Cuando llegó a tener más edad, fue tentado, pero los cantos que su madre le había enseñado a entonar, acudían a su mente, y él elevaba su voz en alabanza. Y antes de que sus compañeros lo advirtieran, estaban cantando juntamente con él. Dios quiere que usemos toda facilidad que el cielo nos ha proporcionado, para resistir al enemigo»* (Ev, 363).

«A menudo [Cristo] expresaba su alegría cantando salmos e himnos celestiales. A menudo los moradores de Nazaret oían su voz que se elevaba en alabanza y agradecimiento a Dios. Mantenía comunión con el cielo mediante el canto; y cuando sus compañeros se quejaban por el cansancio, eran alegrados por la dulce melodía que brotaba de sus labios. Sus alabanzas parecían ahuyentar a los malos ángeles, y como incienso, llenaban el lugar de fragancia. La mente de los que lo oían se alejaba del destierro que aquí sufrían para elevarse a la patria celestial» (DTG, 54).

En la noche de la cena de Pascua, poco antes de ser traicionado y entregado a la muerte, entonó los salmos 113 y 116, según nos informa el espíritu de profecía. Los apóstoles cantaban a menudo con su Maestro. (Mat. 26:30). Después de su muerte, al surgir victorioso de la tumba *«la hueste angélica se postra en adoración delante del Redentor y le da la bienvenida con cantos de alabanza» (DTG, 726).*

El canto de los cristianos derivaba de la música hebrea y por la difusión del Evangelio se trajo a Europa. Los cantos gregorianos, al menos en sus partes esenciales, habían tenido su origen en la antigua música de Israel. Después se propagó en el viejo mundo la música a varias voces, de donde proceden la mayoría de los himnos que actualmente cantamos en nuestras iglesias. Prácticamente en todas las denominaciones cristianas está presente este estilo.



Beneficios

Si se usa correctamente, la música produce efectos positivos sobre nuestro cuerpo y nuestro espíritu. «*Hay gran poder en ella*», dice la hermana White. (MS3, 382). Veamos algunos de estos beneficios.

1. Es un medio educativo

Seguramente el lector habrá hecho la experiencia de aprender algu-

nos salmos, o cualquier otra fracción de la Biblia, de memoria poniéndoles una música y cantándolos o bien cantándolos con una música que alguien ha compuesto. En la escuela muchos profesores también utilizan este método para enseñar a sus alumnos, a fin de que puedan memorizar de forma más rápida y permanente las lecciones importantes. Pero esto no es nuevo; ya el Señor lo utilizó en la antigüedad para enseñar a Israel las lecciones especiales relativas a las intervenciones divinas y a las verdades que Dios les quería revelar. Como vimos anteriormente Israel cantaba en su peregrinación por el desierto. Al repetir una y otra vez los cantos, el texto quedaba grabado en su mente.

Las letras de los cantos reflejan normalmente la experiencia cristiana de los que las compusieron, otros son salmos, historias de la Escritura, pasajes bíblicos relevantes, etc. Al cantarlos varias veces quedan almacenados en nuestra memoria. Muchos aprenden mejor pasajes de la

Biblia cuando los cantan que si los leen. Algunos niños aprenden salmos muy largos a los cuales les han puesto música. Por supuesto que en ningún modo estoy queriendo decir que el mensaje hay que aprenderlo cantando. Es una manera más, pero una forma muy agradable y hermosa. De la misma manera, el Señor nos invita hoy a que cantemos a fin de que el mensaje de salvación pueda ser grabado en nuestros corazones a fuerza de repetirlo. Este método *«...es uno de los medios más eficaces para grabar en el corazón la verdad espiritual. Cuán a menudo recuerda la memoria al alma oprimida y pronta a desesperar, alguna palabra de Dios, tema olvidado de algún canto de la infancia, y las tentaciones pierden su poder, la vida adquiere nuevo significado y nuevo propósito, y se imparte valor y alegría a otras almas»* (Ed, 163).

2. Nos ayuda a vencer el desaliento, la depresión, la tristeza y la tentación

Para ilustrar lo que acabamos de decir, trasladémonos a la época del rey Saúl, ya citada con anterioridad. (Leer el capítulo 16, de los versículos 14 al 23). El monarca israelita sufría accesos de ira y de abatimiento y cuando David tocaba su arpa «*Saúl tenía alivio y estaba mejor, y el espíritu malo se apartaba de él*» (Versículo 23). Hoy en día algunos médicos curan ciertas enfermedades usando la música. Pero no debemos olvidar que antes de que se descubriera en el campo médico el influjo benéfico de la música sobre la mente, Salomón escribió: «*Mas el justo cantará y se alegrará*» (Prov. 29:6).

Los educadores saben que la música atrae a los niños y les calma cuando están nerviosos (siempre y cuando sea adecuada). En España existe el dicho «*la música amansa a las fieras*». ¿Qué madre o padre no ha dormido alguna vez a su bebé cantándole una

suave canción de cuna? Los niños que han tenido el privilegio de crecer en hogares cristianos, tienen en su haber el potencial maravilloso de los cantos que escucharon y cantaron durante años en los cultos matutinos y vespertinos. Esto no se olvida nunca.

«Cuán a menudo recuerda la memoria al alma oprimida y pronta a desesperar, alguna palabra de Dios, tema olvidado de algún canto de la infancia, y las tentaciones pierden su poder, la vida adquiere nuevo significado y nuevo propósito, y se imparte valor y alegría a otras almas» (Ed, 163).

«El canto es un arma que siempre podemos esgrimir contra el desaliento. Abriendo así nuestro corazón a los rayos de luz de la presencia del Salvador, encontraremos salud y recibiremos su bendición» (MC, 196).

«Tiene poder para subyugar naturalezas rudas e incultas; para avivar el pensamiento y despertar simpatía; para promover la armonía de acción y

desvanecer la melancolía y los sentimientos que destruyen el valor y debilitan el esfuerzo» (Ed, 163).

«Jesús hizo frente a la tentación con un canto. A menudo, cuando se decían palabras mordaces y ofensivas, cuando la atmósfera que lo rodeaba era sombría a causa de la melancolía, el disgusto, la desconfianza o el temor opresivo, se oía su canto de fe y santa alegría» (Ed, 166).

«Si hubiera mucho más alabanza al Señor y mucho menos tristes relatos de desánimos, se ganarían muchas más victorias... Demos expresión a la alabanza y a la acción de gracias en nuestro canto. Cuando somos tentados, en vez de dar expresión a nuestros sentimientos, entonemos con fe un canto de acción de gracias a Dios» (Ev. 364).

Recuerdo que cuando era colportor y el día no estaba discurrendo favorablemente, el desaliento me asaltaba con la amenaza de desanimarme en mi tarea. Entonces, en algún lu-

gar apropiado, o mientras caminaba para llegar al siguiente lugar donde iba a presentar los libros, entonaba un himno, pensaba en lo que decía la letra y nuevamente el Señor me daba nuevas fuerzas para seguir adelante. Himnos como «*Más allá del sol*», «*Firmes y adelante huestes de la fe*», «*No te de temor*», «*Jamás podrá alguien separarnos*», «*Condúceme, Maestro*» «*Entonad un himno*» y otros, llenaron mis horas de aliento, esperanza e inspiración y siguen haciéndolo hoy.

3. Es un medio para alcanzar a las almas

A veces, lo que no puede hacer un sermón lo consigue un canto. Me viene a la mente la experiencia que tuve hace algunos años, cuando visité con un grupo de hermanos el centro penitenciario de la ciudad donde vivo, con la intención de predicarles el Evangelio. Los funcionarios reunieron en una gran sala a más de cien internos

catalogados como peligrosos. Antes de empezar uno de estos funcionarios se acercó a mi y me dijo que no debíamos perder el tiempo con ellos porque no nos iban a hacer caso.

Miré a los ojos de muchos de aquellos hombres e intuí la vida de depravación que habían vivido; en aquel lugar todo eran voces estridentes, expresiones vulgares, miradas burlonas y risotadas. Entonces, antes de empezar la exposición tomé mi guitarra y les dije que les iba a cantar una canción. Cuando comencé a cantar el griterío fue apagándose, y algunos de los presos alzaron su voz increpando a los compañeros que todavía no se habían cayado: «¡Silencio! ¡Queremos escuchar!» El silencio fue absoluto y lo mejor que pude entoné aquel himno para la gloria de Dios. Cuando terminé aquellos jóvenes estaban calmados y escucharon con muchos respeto las cosas que pude decir sobre la salud y el mensaje. Al terminar me pidieron que cantara otro himno, y después muchos de ellos vinieron a hablar

con nosotros, nos contaron por qué estaban allí y algunos se apuntaron al curso bíblico por correspondencia. No llegaron a bautizarse en la iglesia, pero nos queda la esperanza de que el trabajo no haya sido en vano.

La experiencia no termina aquí; no sé cuanto tiempo transcurrió después de esta visita, tal vez fueron unas semanas o un par de meses. Me hallaba un día realizando unos cobros de unos libros que había vendido en el colportaje y llevaba dinero conmigo. De pronto veo a un joven en la carretera pidiéndome que parara mi auto. Mi primera intención fue parar, pero cuando pensé en el dinero que llevaba y las muchas cosas que han pasado con los autoestopistas, desistí de la idea y me dispuse a continuar, pero en esos momentos se me «caló» el coche. El joven corrió en dirección hacia mí y asomándose por la ventana me pregunta si le puedo llevar a la ciudad donde yo casualmente me dirigía. Yo estaba un poco confuso por la situación y el joven era tan rápido para

hablar y actuar que no me dio tiempo a reaccionar. En pocos segundos ya estaba dentro del auto. Miró a su alrededor muy nervioso, con las intenciones de aquel que busca algo. Me temía lo peor... nos cruzamos una mirada y el joven me dijo: «Yo a usted le conozco...» Mi respuesta impremeditada fue: «tal vez sea de la cárcel». En el rostro del muchacho se dibujó una sonrisa y me contestó: «¡Claro, ahora lo recuerdo! Usted nos cantó hace poco en la prisión y nos gustó mucho. Yo estaba allí, ahora me encuentro en libertad provisional»

Hablamos del mensaje y llegando a la ciudad paré el auto y bajó el muchacho que con amabilidad se despidió de mí. ¿Casualidad? No creo. Agradecí al Señor por esta experiencia. *«El canto es uno de los medios más eficaces de impresionar el corazón con la verdad espiritual.»* (Ev. 365).

«La voz humana tiene mucho poder afectivo y musicalidad, y si el que aprende realiza esfuerzos decididos

adquirirá el hábito de hablar y cantar que será para él un poder para ganar almas para Cristo» (Ev, 368-369).

Los colportores, de una manera especial, y los estudiantes, debieran cultivar este don. En su trabajo hallarán muchas oportunidades para emplear este talento. Podrán llevar alegría y esperanza a través de sus cantos a personas atribuladas y cargadas de aflicción, que casi nunca han pisado una iglesia: *«Estudiantes, salid a los caminos y los vallados. Esforzaos por alcanzar a los de las clases superiores tanto como a los de las clases humildes. Entrad en los hogares de los ricos como en los de los pobres, y a medida que tengáis oportunidad, preguntad: “¿Les agradaría que cantásemos algunos himnos evangélicos?” Luego al enternecerse los corazones, se abrirá el camino para que ofrezcáis algunas palabras de oración pidiendo la bendición de Dios. Pocos se negarán a escuchar. Un ministerio tal es verdadera obra misionera» (CMPA, 533-534).*

4. Es un medio de comunión con Dios

Los himnos son como oraciones; cuando los cantamos con el corazón estamos comunicándonos con nuestro Padre Dios: *«Como parte del servicio religioso, el canto no es menos importante que la oración. En realidad, más de un canto es una oración. Si se enseña al niño a comprender esto, pensará más en el significado de las palabras que canta y será más sensible a su poder»* (Ed, 163-164).

En la iglesia los cantos y la música deben ocupar un lugar destacado. Los cantos que se elevan por toda la congregación, o en alguna intervención especial de un solista o coro, son altamente inspiradores, traen la paz al alma, y hacen que nuestro servicio se convierta en una bella alabanza a Dios. Cuando cantamos adecuadamente en la iglesia, los ángeles del cielo se unen a nosotros con sus voces.

El apóstol Pablo nos insta a que alabemos a Dios a través del canto:

«Hablando entre vosotros con salmos, con himnos y cánticos espirituales y salmodiando al Señor en vuestros corazones» (Ef. 5:19).

Un arma poderosa para el mal

Como todas las cosas buenas que Dios ha creado para beneficio del hombre, la música también ha sido pervertida por Satanás. Al contemplar las cosas malas que existen en este mundo, Cristo dijo: *«Un enemigo ha hecho esto».*

*«La música... cuando se emplea mal, es una **maldición terrible**» (HHD 181). «A menudo se pervierte la música haciéndola servir a malos propósitos y de ese modo llega a ser uno de los agentes más seductores de la tentación» (Ev, 163).*

El culto sagrado que Dios ordenó a Adán y a sus descendientes, fue pervertido terriblemente y del sacrificio de animales se pasó al asesinato de niños y personas adultas, que se

ofrecían en holocausto a las divinidades paganas, y lo que es peor, estos rituales perversos también se llegaron a practicar en el pueblo de Dios.

La degeneración también alcanzó a la música. Desde el comienzo de este siglo, a medida que nuestros países se han ido descristianizando, la música armónica se ha rechazado para dar paso poco a poco a la música atonal, estridente, con textos ofensivos para la moral y en muchos casos, verdaderos cultos al diablo. El cambio ha sido gradual y progresivo. En América se introdujo el jazz, que es un ritmo africano mezclado con armonía europea del cual resultó por los años 40 la música rock y pop. La música rock está marcada por un ritmo monótono y por su potente sonoridad; pone en trance al auditorio, haciéndole sensible a las influencias demoníacas. Por eso se compara a la música de los cultos idolátricos de África. Cuando uno ha estado mucho tiempo oyendo esta música le envuelve un sentimiento de depresión, agresividad y rebelión. Hay

casos de histeria, que a través del ritmo los induce al instinto sexual en alto grado. Y esto no lo decimos cristianos «anticuados» o «pasados de moda». En una revista española de reciente aparición, salió publicado un artículo de varias páginas, donde el autor advierte al lector de los graves peligros de mucha de nuestra música moderna.

Transcribimos algunos pasajes que consideramos de mucho interés: *«Hace ya casi dos décadas un pastor protestante californiano, el reverendo Gary Greenwald, planeó y llevó a término una curiosa investigación. Siguió la pista de algunos grupos de rock y heavy más conocidos del momento, convencido de que en sus letras se escondían las claves que relacionaban estos conjuntos con la figura del Maligno. Tras un tiempo prudencial encontró lo que buscaba: haciendo girar al revés los discos de formaciones famosas como la Electric Light Orchestra (ELO), The Beatles o Pink Floyd, encontró aberrantes plegarias dirigidas al Diablo, invocaciones más o menos tenebrosas*

y descabelladas blasfemias... Tras él otros investigadores profundizaron en esta cuestión, encontrando evidencias reveladoras sobre los mensajes subliminales satánicos en la música rock contemporánea».

Estas canciones tienen normalmente los mismos temas: Revolución contra los padres, contra la sociedad, contra los profesores, y contra todo.... Fomentan el libertinaje, la incredulidad, la violencia y hasta el suicidio. Las estadísticas han demostrado que el 18% de los jóvenes suicidas y muchos hombres violentos, son guiados por el rock. Seguimos copiando partes del artículo mencionado:

«A finales de 1992 en Argentina, Cynthia Telarico se suicidó después de que su padre no le permitiera asistir a un concierto de los Guns N'Roses; esta misma banda provocó tumultos durante sus actuaciones en Santiago de Chile, donde saltaron al escenario varias decenas de seguidores drogados y ebrios».

Existe una relación íntima entre rock y drogas. Normalmente el que hace esta música es ateo o enemigo del cristianismo. En 1966, John Lennon dijo: «El cristianismo pasará, nosotros somos hoy más populares que Jesús.»

Sigamos con la revista: «Los jóvenes se encuentran particularmente en peligro porque, entre otras cosas, frecuentan discotecas donde, entre ritmos ensordecedores, absorben el llamado rock satánico, que les transmite mensajes subliminales que provocan formas de endemoniamiento... El Cardenal John J. O'Connor desde el púlpito de la Catedral de San Patricio, en Nueva York, el 4 de marzo de 1990 manifestó: 'El Diablo tiene en la música rock y Heavy Metal al mejor de sus profetas: estas canciones son una trampa para los jóvenes, una pornografía sonora, una instigación al suicidio'».

No debo copiar las letras que aparecen en algunas de estas canciones que cita el artículo, a veces como men-

sajes subliminales, otras veces en forma directa. Son tan ofensivas para la moral cristiana que sólo el hecho de leerlas ya te afecta y no quiero hacerle propaganda al diablo. El articulista termina diciendo: *«¿Son estas letras meros juegos infantiles o forman parte de un devastador plan para implantar en la juventud una determinada forma de pensar que podríamos calificar de ‘rock esotérico negro’?»*

Quien escucha esta música se coloca en terreno enemigo y corre el peligro de rebelarse contra Dios y de olvidarse de Él. Pero lo más sorprendente de lo que estamos diciendo es que esta clase de música se está introduciendo en el cristianismo. En una visita que realicé a Costa Rica, pude comprobar con asombro como la música rock, el mambo, la salsa, el bolero y hasta el rap, se cantan en muchas congregaciones protestantes y católicas con textos cristianos; y los programas radiofónicos cristianos constantemente están ofreciendo esta clase de música. Un día pude observar desde el auto que

me llevaba, como dentro de un salón de culto la gente allí reunida se movía frenéticamente al ritmo de una música extremadamente rítmica. La gente se contorsionaba y movía en todas las direcciones. Más parecía una discoteca que una iglesia. ¡Asombroso! Los que propician o toleran estos estilos argumentan que esta clase de música forma parte del pueblo y de su cultura, y que no puede estar desligada de ningún modo de la vivencia religiosa. Otros dicen que prefieren ver a los jóvenes en la iglesia alabando a Cristo, aunque sea con música rock, antes que verlos en el mundo desligados de Dios por completo. Otros tienen la tesis que a la juventud hay que atraerla con sus mismas armas. Pero, reflexionemos... ¿Debe ser la cultura popular la que marque las pautas culturales de nuestras iglesias? Se puede legitimar y absorber la cultura del mundo y sus tradiciones en la medida que están en armonía con un así dice el Señor, de lo contrario «¿qué comunión tiene la luz con las tinieblas?» (2 Cor. 6:14).

Atraer al joven a la iglesia o retenerlo en ella, permitiendo que ejecute toda clase de ritmos diabólicos no es un buen partido ni para la iglesia ni para el propio joven, a quien se le permite vivir un cristianismo espurio, que producirá seguros frutos amargos.

¿Qué clase de música usar?

Dios quiera que en nuestras iglesias jamás se introduzca esta clase de música. Con esto no estoy diciendo que cantemos solamente himnos del siglo XVI. Podemos cantar himnos compuestos en nuestra época, pero teniendo en cuenta que sean respetuosos, cuya música no sea una imitación de la música mundana que se usa para alabar al diablo, despertar las más bajas pasiones o avivar el sentimentalismo enfermizo. Y esto es más que evidente, ya que si cantamos himnos con músicas que se han usado para deshonar el nombre de Dios,

la mente, por asociación, aunque la letra sea diferente, trae a la memoria escenas vividas en la desobediencia, o bien, aquellas palabras y enseñanzas que sus autores enemigos de la fe, compusieron.

Es lógico que los himnos que fueron compuestos para alabar a Dios, siempre que sean respetuosos, reverentes y cuyo texto esté en armonía con nuestro mensaje, no importaría si son bautistas, metodistas o de otra procedencia, se podrían cantar. Tengamos en cuenta que la mayoría de himnos del himnario adventista son de procedencia evangélica. Los himnos modernos ya son objetables y algunos rechazables, porque imitan la música mundana muy fielmente para atraer a la juventud. En esto deben tener cuidado los líderes de las iglesias, pero sin llegar a censurar toda música por el mero hecho de ser alegre. Hay que ser muy equilibrados y cuidadosos en este punto.

También hay que tener en cuenta el origen de una música. ¿Dónde surge? ¿Por qué? Un ejemplo lo tenemos en el tango, de todos es sabido, que tanto sus textos como el baile que le acompaña, son contrarios al espíritu cristiano y, por supuesto, no tiene sentido argumentar en contra a su uso como música cristiana, ya que es más que evidente que ni nos lo debemos plantear. Esta misma regla debería regir para las demás músicas. La misma regla rige para la música afroamericana, cuyo origen, en gran parte tiene que ver con las ceremonias y ritos espiritistas de tribus animistas.

Cantando para la gloria de Dios

Quisiera compartir con vosotros algunos consejos del espíritu de profecía con respecto a cómo deben ser los cantos y músicas en nuestras iglesias:

a) Alegres y apropiados para la ocasión

El término «alegre» no significa que tengamos que estar dando saltos en el salón de culto; hay una gran diferencia entre cantar con el corazón henchido de gratitud hacia Dios y de gozo por la salvación tan grande que Él ha operado a favor nuestro, que estar moviendo todo el cuerpo excitado por una música que incita, por su ritmo, al baile o al movimiento. Algunos argumentan que David también bailó, pero era un baile para Dios, sacro y lleno de reverencia, que tenía un objetivo cultural. Los hombres y las mujeres no danzaban juntos y siempre se hacía, como ya se dijo, para alabar y honrar el sacro nombre de Dios: *«La música y la danza de alegre alabanza a Dios mientras se transportaba el arca no se asemejaban para nada a la disipación de los bailes modernos. Las primeras tenían por objeto recordar a Dios y ensalzar su santo nombre. Los segundos son un medio que Satanás usa para hacer que los hombres se ol-*

viden de Dios y le deshonren» (PP, 766). «Los que hacen del canto una parte del servicio divino, deben elegir himnos con música apropiada para la ocasión, no de notas fúnebres, sino alegres, y con todo, melodías solemnes. La voz puede y debe ser modulada, enternecida y subyugada» (Ev, 371).

Si permitiéramos hoy, esta clase de manifestaciones en nuestras asambleas, terminaría habiendo tal confusión e irreverencia, que contrariaríamos la enseñanza de la Palabra que nos insta a hacerlo todo decentemente, con orden y para la gloria de Dios.

b) Se pueden usar instrumentos musicales

Este asunto ha despertado en muchas ocasiones, polémicas que no han ayudado mucho a la iglesia a crecer espiritualmente. Especialmente el choque se ha dado entre jóvenes y adultos. Nuestra juventud se ve «bom-

bardeada» por la música moderna, y casi es imposible escapar a algún lugar donde no se escuchen sus acordes imantantes.

La música sintética de hoy, con sus monótonos acordes y cadencias, estridencias y disonancias, incluyendo los miles y miles de textos obscenos, está envuelta, encadenada o tal vez sería mejor usar el término «impregnada» hasta la médula, de percusión. No hay música en la que no suene la batería con todo su poder cautivador e incitador al movimiento. Ritmo, ritmo, movimiento, baile, para llevar al joven al éxtasis, al frenesí. Es el mismo estilo usado por las tribus ancestrales para lograr el éxtasis que les permite comunicarse con los espíritus o su dios, pero en versión moderna. Introducir, pues, baterías, tambores u otros instrumentos de percusión en nuestras salas de culto, sería un abrir la puerta a la influencia diabólica, prepararle el camino a su majestad satánica para

trabajar «desde dentro» en la obra de cautivar y destruir los corazones de los cristianos.

Hay un texto del espíritu de profecía que me llama poderosamente la atención, ya que en él, se presenta una especie de profecía en relación a los tambores, al vocerío y a la danza:

«Esas mismas cosas que habéis explicado que ocurrían en Indiana, el Señor me ha mostrado que volverían a ocurrir justamente antes de la terminación del tiempo de gracia. Se manifestará toda clase de cosas extrañas. Habrá vocerío acompañado de tambores, música y danza. El juicio de algunos seres racionales quedará confundido de tal manera que no podrán confiar en él para realizar decisiones correctas. Y a esto consideran como la actuación del Espíritu Santo.

«El Espíritu Santo nunca se manifiesta en esa forma, mediante ese ruido desconcertante. Esto constituye una invención de Satanás para ocultar sus ingeniosos métodos destinados a

tornar ineficaz la pura, sincera, elevadora, ennoblecedora y santificadora verdad para este tiempo. Es mejor no mezclar nunca el culto a Dios con música, que utilizar instrumentos musicales para realizar la obra que en enero pasado se me mostró que tendría lugar en nuestras reuniones de reavivamiento. La verdad para este tiempo no necesita nada de eso para convertir a las almas. El ruido desconcertante aturde los sentidos y desnaturaliza aquello que, si se condujera en la forma debida, constituiría una bendición. El influjo de los instrumentos satánicos se une con el estrépito y el vocerío, con lo cual resulta un carnaval, y a esto se lo denomina la obra del Espíritu Santo» (MS2, 41-42).

Por otro lado tampoco es bueno ni aconsejable que prohibamos el uso de todo instrumento musical en nuestros cultos, a excepción del órgano, por considerarlos profanos. Tengamos en cuenta que la Biblia habla de cítara, arpa, flauta, trompeta, etc. Y el espíritu de profecía nos insta a que

allá donde sea posible se usen instrumentos musicales para acompañar el canto: *«Hágase participar en la obra el talento del canto. El uso de instrumentos musicales no es de ninguna manera objetable. Estos se utilizaron en los servicios religiosos de los tiempos antiguos. Los adoradores alababan a Dios con arpas y címbalos, de modo que la música debería tener su lugar debido en los servicios de culto. Contribuirá a mantener el interés»* (Ev, 365).

c) Sin gritos ni estridencias

«A menudo me he entristecido al oír voces incultas, elevadas hasta la más alta nota, chillando literalmente, al expresar las sagradas palabras de algún himno de alabanza. Cuán impropias son estas voces agudas y estridentes en el culto sagrado y el gozoso servicio de Dios. Anhele tapar mis oídos, o huir lejos del lugar, y me alegro cuando el penoso ejercicio ha terminado» (Ev, 370).

«Vi que todos deben cantar con el espíritu, y también con el entendimiento. A Dios no le agrada la confusión de voces y la discordia. Siempre le agrada más lo correcto que lo erróneo. Y cuanto más correcto y armonioso sea el canto del pueblo de Dios, tanto más glorificado será el Señor, beneficiada la iglesia y afectados favorablemente los incrédulos» (JT1, 45-46).

d) Tonos claros y dulces

«Que todos tomen tiempo para cultivar la voz de modo que las alabanzas a Dios se canten en tonos claros y dulces» (T9, 144).

e) Pronunciación correcta

«No es necesario cantar alto, sino tener una entonación clara, una pronunciación correcta, y una expresión nítida» (MJ, 292).

f) Sin acciones teatrales

«Su canto no ejerce influencia para someter el corazón, y conmover los sentimientos... Las demostraciones y contorsiones del cuerpo, la apariencia desagradable de esfuerzos extremados y forzados, ha parecido tan fuera de lugar para la casa de Dios, tan ridícula, que las impresiones serias hechas sobre las mentes (en el sermón) han sido removidas» (CV, 472).

Esto se aplica a las formas pero hay algo que no debemos olvidar y es la motivación que nos mueve a usar este don.

¿Para qué canto? ¿Es para gloria de Dios o gloria mía? En la conferencia general de 1997 estuvimos hablando de la música y llegamos a la conclusión de que cada país tiene un modo peculiar de ejecutarla y que no se puede imponer un estilo estereotipado de cantar o tocar un instrumento para todo el mundo. Lo esencial es que se respeten las pautas anteriores.

Dediquemos más tiempo aún a cantar en nuestras iglesias. Gracias a Dios contamos con la ayuda de hermanos y hermanas que saben música, otros que componen cánticos, otros tienen la habilidad de tocar instrumentos musicales. Los momentos más felices que recuerdo haber pasado en la iglesia están relacionados con la música. Se hacen verdaderos amigos, se vinculan las almas y el corazón se eleva a Dios.

¡Qué hermoso don nos ha regalado Dios! ¿Lo usaremos para su honra y gloria? Cuando cantamos en esta tierra nos estamos preparando para cantar en las mansiones celestiales. En el cielo, los redimidos, entonaremos cánticos que aquí nos es imposible conocer su música (1 Cor. 2:9), pero lo que sí podemos saber con seguridad es que la música, a través de los siglos sin fin, seguirá siendo un medio de edificación y alabanza a nuestro Dios y al Cordero. Juan el revelador, nos sitúa en ese tiempo futuro lleno de gloria, de gozo indescriptible

y de amor, y nos presenta a los salvados elevando un cántico nuevo (Apoc. 14:2-3). ¿Queremos cantarlo? Consagrémonos de todo corazón a Dios en esta tierra y cantemos, cantemos las maravillas de aquel que nos sacó de las tinieblas a su luz admirable.